

## HOMENAJE A MIGUEL DELIBES

### EL VALOR ACTUAL DE MIGUEL DELIBES

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Universidad de Murcia, España

pozuelo@um.es

Miguel Delibes es hoy quizá el más conspicuo heredero de esa estirpe de escritores que funcionan como icono de unos valores en los que la sociedad se reconoce y confía a quienes los detentan, hasta el punto de poder y querer calificarlos como maestros de ellos. Y Delibes fue un maestro precisamente de valores humanos. No es suficiente para eso con escribir bien. A nadie se le escapa que escribir con buen estilo es condición necesaria para un escritor pero no es suficiente para obtener la categoría de maestro. Muchos otros escritores están dotados de buena prosa y no alcanzan el rango superior de maestros de la palabra. ¿Qué proporcionaba a Delibes tal categoría?

En primer lugar ese rango no lo consigue un escritor a base de su propio esfuerzo, o de su auto-propaganda. Al maestro le otorgan tal grado los demás. A medida que conoces el difícil medio de los escritores españoles del siglo XX crece la estima por este castellano humilde y recio que fue

Delibes. Porque resulta raro tratándose de escritores, pero la unanimidad en torno a Delibes ha sido total. Todos ellos le respetaban. Y ninguno le temía. ¿Por qué ocurrirá esto? Creo que en parte ocurre porque él no lo había buscado. Sería difícil encontrar un hombre más retraído a figurar, más reacio a autoproclamarse candidato a nada, o ser emblema de nada.

Hay otra razón añadida. El mundo que Delibes ha novelado es un mundo frágil, tan necesitado como lo somos cada uno de los lectores que nos miramos en él. Por sofisticada que una literatura pretenda ser, no serán casi nunca los vericuetos formales, las atrevidas imágenes, los juegos malabaristas los que acaben justificándola más allá de su presente. La manera como la literatura es siempre juzgada en el futuro radica en la manera en que lo contado por ella, los personajes trazados, logran erguirse en el depauperado contexto de la comunicación humana, para levantar efigies de dignidad, de lealtad, de reciedumbre, de amistad o de sus contrarios, como ejemplos a denostar.

Decía Walter Benjamin que en un mundo tan lleno de noticias, tan plagado de informaciones, cada día éramos más pobres en historias memorables. ¿Qué es una historia memorable? La de un amigo, Pedro, sufriendo en sus carnes la desgracia de otro, de nombre Alfredo, en *La sombra del ciprés es alargada*, su primera novela, o la de un hombre como Cipriano Salcedo, el protagonista de la última, *El hereje*, levantando testimonio de dignidad y sirviendo a la verdad por encima de toda conveniencia. Delibes ha acertado a contar historias que adquieren la categoría de memorables porque han inscrito su designio con una fuerza simbólica que sobrepasa los vaivenes del tiempo.

El mundo al que asistimos en las sociedades de la comunicación está necesitado, y cada vez más, de palabras verdaderas. También de hombres que como Delibes sean capaces de sostenerlas con la reciedumbre a menudo solitaria de su dignidad. Lo que tantas veces concede verdad a una palabra es la convicción y rectitud de quien la profiere. Como los viejos campesinos castellanos que tantas veces han protagonizado las historias creadas por Delibes, o como esa Naturaleza que es confidente íntima de su literatura, actúan como emblemas, signos de valor que los nuevos tiempos están sacrificando con excesiva prisa. Delibes representa el valor de la comunicación humana primigenia: una mujer sosteniendo su verdad frente al cadáver de su marido muerto, un pobre inocente defendiendo su cariño

hacia el animal ante el depredador desaprensivo, un indigente luchando por la supervivencia.

En las sociedades contemporáneas casi todo está contaminado. No solamente los ríos o los árboles, las playas o los montes. Delibes, como se sabe, alzó su voz tantas veces avisando sobre esa traición que el hombre hace a su madre Naturaleza. Pero no se nos oculta que en la sociedad actual hay otra forma sutil de contaminación, la que afecta a la palabra. De repente cuando uno va a hablar se encuentra con que el “discurso” de otro, casi siempre político, se le ha anticipado, ocupando su espacio. Por eso entre nosotros se ha instalado el fantasma de la sospecha. Cada uno que habla es preguntado por quien es, y sobre todo desde dónde habla (de la izquierda o de la derecha, del centro derecha o su opuesto). A menudo se denomina “discurso” ese texto lábil que homogeniza los saberes y exculpa las conciencias de toda responsabilidad sobre la palabra dicha y mantenida con la fuerza de su origen, y el vigor de ser leal tan sólo a la verdad.

Debido quizá a esa predominancia de los Discursos las personas estamos necesitando con urgencia detenernos un momento ante el escritor que sabemos cabal, sincero, para preguntarle las viejas preguntas que se hacían a los maestros, cuando escuchar la palabra de los mayores era una condición de la sabiduría.

Sin duda alguna el tiempo viene haciendo de Miguel Delibes, nacido en 1920, el gran novelista de su generación. Ya lo había percibido así la *Historia de la literatura* de Ángel del Río en 1962, quien lo había distinguido junto con Camilo José Cela de todos los demás. Podría decirse incluso que mientras Cela o Carmen Laforet no fueron ganando en las novelas posteriores respecto a lo conseguido en la posguerra, sí ocurrió tal ganancia en la obra de Delibes, quien fue mirado con suspicacia en los momentos del fulgor experimental, pero injustamente, porque Delibes fue modificando mucho su estilo en cada entrega y su obra es un proceso constante de indagación de posibilidades, eso sí, dentro de un universo temático y espacio temporal acotado: el de las ciudades y pueblos castellanos en la posguerra y años sesenta. Sus dos virtudes mejores puede que sean el dominio de una lengua muy cuidada, con un castellano terso en el que no parece sobrar palabra alguna. Eso y que nunca se le veía atado a las modas pasajeras es lo que le ha propinado una resistencia histórica mayor que a ningún otro de su generación.

Aunque *La sombra del ciprés es alargada* le llevó a ganar el Premio Nadal en 1947, son las dos obras siguientes, *El camino* (1950) y *Diario de un cazador* (1955) donde alcanzó las dos líneas maestras sostenidas luego en otras novelas: un realismo poético que indaga en la psicología de un joven que se abre al mundo de los mayores, y el encuentro con la Naturaleza y el paisaje castellano. La novela *Las ratas* (1962) supone respecto a la obra anterior un más radical compromiso crítico de Delibes respecto a las situaciones sociales de la posguerra y se inscribe en el marco del realismo existencial. *Cinco horas con Mario* (1966), una de las más conocidas y celebradas novelas suyas, supuso ya un cambio notable respecto a su anterior narrativa. En primer lugar, de indagación formal, pues afronta el desafío de un largo monólogo de Carmen, la viuda del difunto Mario a quien mientras le vela, espeta reproches y va recordando cuanto desamor e hipocresía hubo en su matrimonio. No ocultó Delibes tampoco una dura crítica a la burguesía provinciana y a las ideas conservadoras de la mujer frente al liberalismo del difunto marido, con lo que asomaba ya otra de las constantes de su obra: las crisis de sus criaturas son hijas de un enfrentamiento supra-individual.

En una órbita completamente distinta se sitúa *Parábola del naufrago* (1969) la obra en que Delibes exhibió unos recursos narrativos más experimentales. Su corte irracional, visiblemente onírico se ha calificado de kafkiano, no en vano supone un homenaje a *La metamorfosis*, y trata el tema de la alienación que el poder ejerce sobre un pobre individuo como es Genaro Martín, convertido en un perro. Aunque Delibes calificó su obra de sarcástica para con el experimentalismo, que muchas veces parodió, no se alejó de sus obsesiones centrales como novelista. Junto con *Cinco horas con Mario* hay que atribuir a *Los santos inocentes* (1981) la aceptación popular de este autor, pues ha sido novela con multitud de ediciones y notable versión cinematográfica. Es una novela plenamente característica entre las suyas: en un universo muy cerrado, una finca castellana en la posguerra, se desenvuelve una acción de caciques y de oprimidos, simbolizados en el personaje principal, Azarías, el subnormal que mata al señorito Iván, en venganza por su milana, única ventana al afecto. El enfrentamiento de señorito/campesino, de las dos Españas, asimismo, y de esclavitud y libertad permite una lectura simbólica de una anécdota por lo demás muy sencilla y de un arcaico mundo desaparecido hoy pero muy elocuente de la España

caciquil de posguerra. También tiene un fondo político, esta vez centrado en la crítica, el enfrentamiento entre corte/aldea, en la sátira *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Pocos saben que su última novela, la titulada *El hereje* (1998) fue un verdadero *best seller*. Se trata de la novela histórica que recoge un proceso inquisitorial y su final en el auto de fe contra Cipriano Salcedo. A través de la persecución al círculo protestante vallisoletano Delibes recorrió toda la atmósfera ideológica de la España del siglo XVII.

Miguel Delibes ha sido quizá el más conspicuo heredero de esa estirpe de escritores que funcionan como iconos de unos valores en los que una sociedad se reconoce y que confía a quienes los detentan, hasta el punto de poder calificarlos como maestros en ellos. Al verdadero maestro le otorgan tal grado los demás. A medida que se iba conociendo el difícil medio de los escritores españoles, iba creciendo en todos la estima por Delibes. Resulta raro tratándose de escritores, pero la unanimidad en torno a Delibes ha sido total. Todo aquel que era escritor de verdad le respetaba. Ha quedado como el gran señor de la novela española de la segunda mitad del siglo XX.

